

# Memorias de ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya, 1950-2011

Amparo Menéndez-Carrión

Este es el capítulo introductorio de *Memorias de ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya, 1950-2012*, una investigación que concluyó recientemente. El respaldo institucional del CLAEH permitió efectuar el trabajo de campo. Agradezco señaladamente a Romeo Pérez Antón y a José Rilla por haber hecho ese respaldo posible. Mi equipo de investigación contó con la excelente participación de Natalia Moreira, Víctor Peralta, Ana Vigna, Kalle Dahlquist (Suecia) y Mónica Belevan (Perú), bajo la coordinación de Paulo Ravecca —hacia quien mi gratitud académica y personal es difícil de expresar—. Dos capítulos específicos —referentes a la trayectoria política del campo teatral uruguayo— fueron presentados en la Facultad de la Cultura del CLAEH (octubre de 2011) ante un núcleo de actores y directores del teatro independiente entrevistados en el transcurso de la investigación. Agradezco a Cecilia Pérez Mondino por la iniciativa. Cabe también un especial reconocimiento a Susana Mallo Reynal y a Rafael Paternain por la oportunidad de presentar los resultados de la investigación en un conversatorio con profesores y estudiantes de ciencias sociales y humanidades de la Universidad de la República organizado por la Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología (mayo de 2012). La publicación (en inglés y español) del estudio se anticipa para el año 2013. La minuciosa lectura y comentarios de Rafael Paternain y

\* Amparo Menéndez Carrión, Ph.D (Relaciones Internacionales y Política Comparada, *The Johns Hopkins University*, 1986), es autora de numerosas publicaciones sobre política latinoamericana, cultura política y ciudadanía; consultora internacional en desarrollo institucional y gestión de posgrados en ciencias sociales; y catedrática en Política Comparada en universidades de las Américas y Europa. Actualmente desarrolla su actividad de investigación y docencia con base en Tokio. En 2007 el CLAEH publicó una antología de su obra, *Repensar la polis. Del clientelismo al espacio público*, compilación y estudio introductorio de Paulo Ravecca (Montevideo: CLAEH, 270 pp.).

José Rilla, dos inestimables interlocutores que han acompañado la investigación desde su inepción, me ayudaron a mejorar la redacción final del capítulo introductorio. La traducción al español del capítulo estuvo al cuidado de Paulo Ravecca.

---

## INTRODUCCIÓN

«Si bien no tenemos idea acerca de cuáles han de ser nuestras posibilidades históricas, toda teoría del cambio social debe teorizar el pasado, el presente y también el futuro. Pero solo podemos hacerlo de manera no-racional, [es decir] no únicamente en términos de aquello que sabemos, sino también de aquello que creemos, esperamos y tememos. Todo período histórico requiere una narrativa que defina su pasado en términos del presente y sugiera un futuro fundamentalmente diferente y, típicamente, “aún mejor” que el tiempo actual. Por esta razón, siempre habrá una escatología, no meramente una epistemología, al teorizar sobre el cambio social.»

Jeffrey C. Alexander<sup>1</sup>

«Solo la existencia de una esfera pública y la consiguiente transformación del mundo en una comunidad de cosas que agrupa y relaciona a los hombres entre sí, depende por entero de la permanencia. Si el mundo ha de incluir un espacio público, no se puede establecerlo para una generación y planearlo solo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales.»

Hannah Arendt<sup>2</sup>

¿Tendrá cabida la polis en la nueva era global? ¿Tendrá sentido pensar algún tipo de *durabilidad* que pueda transitar una condición presente que parecería demandar de sus atribulados pasajeros capacidades heroicas para *arreglárselas por sí mismos*, dejando atrás *la vida juntos* en tanto imaginario y memoria de bienestar colectivo? Cuando *todo se vuelve global*, y consagra *lo privado*, ¿cómo se llega a ese lugar llamado *público*? Y una vez ahí, ¿qué se podrá encontrar?

En medio de las drásticas transformaciones registradas en la configuración del poder mundial en décadas recientes; en el panorama de interacciones humanas implicadas en esas transformaciones; y en las nociones a las que apelamos para dotarlas de sentido, algunos temas de larga data continúan reclamando vigencia. Que esto ocurra a pesar de la creciente popularidad de narrativas empeñadas en reformular la manera en que hemos de entender

---

1 En Jeffrey C. Alexander: «Modern, Anti, Post and Neo», en *The New Left Review*, n.º 210, pp. 63-101, marzo/abril 1995, pp. 66-67. Esta y demás traducciones al español son de la autora.

2 En Hannah Arendt, *La condición humana*. Introducción de Manuel Cruz. Buenos Aires: Paidós, 2004, p. 64.

el lugar propio y el de los demás en entornos compartidos, *reales* o *imaginados* (el barrio, la ciudad, el país, la región o cualquier suerte de ámbito transnacional), sugiere la presencia de ideas, memorias y proyectos que se resisten a confinar la idea de la-vida-juntos a los estrechos parámetros auspiciados por el discurso más seguro de sí mismo, hoy (más allá de sus crisis coyunturales), que no es otro que el capitalismo neoliberal en sus diferentes ropajes.

Uno de esos temas es *la polis*. Otro, *lo público* y su *espacio*. Este es un libro sobre ambos. La supervivencia de la polis en tanto discurso habilitante de la-vida-juntos es la preocupación que lo motiva. Más específicamente, mi preocupación se centra en el momento de *disrupción* de narrativas constitutivas de espacios públicos incluyentes, densos, tangibles —y por tanto *fuertes*—, con exiguas barreras de acceso colectivo a la diversidad de recursos disponibles, en ese tipo de espacios, para *ser político*, es decir, para *ser de la polis*. Entiendo esos recursos como *modos de hacer las cosas* que escenifican —y por tanto confirman— la vida juntos, definiendo y reforzando el significado de *lo común* en tanto lugar articulado por titularidades que se reconocen como compartidas —dando cabida, por tanto, al antagonismo y al disenso.

Como punto de partida, apelo a dos preguntas. ¿Qué pasa con las premisas que anclan *un mundo en común* cuando el espacio discursivo de la polis pierde hegemonía? ¿Podrán esas premisas *sobrevivir*, una vez sometidas a décadas de estrés sin precedentes? Adviértase, desde ya, que entiendo tales premisas y parámetros como el *capital de la polis*: aquello que hace posible su escenificación. En esta (singular) forma de capital (colectivo) descansan, según mi argumento, dos condiciones cuyo entrelazamiento torna significativa la articulación del tiempo propio y el de los demás —generaciones pasadas, presentes, y futuras—, a saber, el entramado habilitante para *ser político*; y, también, el *escudo protector* de la polis en tiempos adversos. Ese *escudo* no es otra cosa que un legado —hecho para durar—. ¿Pero cuáles son los alcances de ese legado, una vez confrontado a la disrupción del capital que lo sustenta?

El estudio se mueve en un doble registro. El énfasis teórico remite a mi interés por interrogar la durabilidad de culturas de lo público —asentadas sobre dos premisas, pluralidad e igualitarismo, entendidas aquí como el doble-eje que otorga sentido a un mundo en común—, una vez que el trayecto de este tipo de construcción discursiva se ve confrontado a contralógicas, de inédita fuerza, cuyo despliegue supone la pérdida de significación de ese mundo en tanto matriz de las interacciones entre extraños. En términos de la experiencia concreta, *Memorias de ciudadanía* pretende contar una historia de resistencia silenciosa —es decir, a través de las operaciones del capital (cultural) de la polis—, al desmantelamiento del espacio público. El escenario de la historia es un país latinoamericano que pudo ameritar, alguna vez, la rúbrica de *polis saludable*, sitiado en las últimas cuatro décadas por transformaciones sin precedentes —consideradas inevitables por muchos— que parecerían hacer de esa rúbrica, hoy, una cuestión del pasado que conviene dejar atrás. Me refiero al Uruguay. Y propongo, desde un inicio, que su condición de país menor, en términos de su tamaño y peso en la economía política global, contrasta fuertemente con el interés mayor de su itinerario para la teoría política.

Probablemente el caso latinoamericano más tangible, hasta bien entrada la mitad del siglo xx, de aquello que, en términos convencionales podría entenderse como *democracia política y social*, hacia fines de los sesenta el Uruguay fue sometido a una severa disrupción sistémica; continuada en la década del setenta por una brutal dictadura; y, a mediados de los ochenta, por la reinstalación de la democracia liberal en un contexto de cambios en el orden mundial poco auspicioso, sin embargo, para (re)construir el espacio discursivo de la polis. Es decir: durante las últimas cuatro décadas el anclaje plural-igualitario del espacio público uruguayo se ha visto fuertemente erosionado —disminuyendo su alcance y empobreciendo su calidad y textura—. Y a comienzos de la segunda década del siglo xxi las pretensiones hegemónicas del discurso neoliberal parecerían haber adquirido un espacio de acción sin precedentes.

Planteado en estos términos, el itinerario en cuestión permite interrogar la relación entre *ciudadanía*», *discurso y capital cultural* en tres momentos de teorización cruciales: el momento de configuración y estabilización de la polis en tanto *espacio discursivo* (el tránsito hacia/y el momento de hegemonía); las condiciones en que la polis *falla* (el tránsito hacia/y el momento poshegemónico); las operaciones del capital cultural en su defensa; y el alcance y límites de ese capital confrontado a la insurgencia de narrativas contrahegemónicas que, plenamente compatibles con la democracia liberal, han sometido al espacio discursivo de la polis a una prolongada erosión, desplazándolo en el proceso hacia un *momento-frontera* más allá del cual *la re-estabilización* de su *lugar* en tanto *eje* de lo público se torna improbable.

## 1. OPCIONES DE PARTIDA

Si bien el andamiaje conceptual del estudio se presenta de manera detallada más adelante (capítulos 1, 2), conviene declarar desde un inicio que mi aproximación a lo que ha de entenderse como propio de los *estudios políticos* se aparta del *mainstream* de la ciencia política y las relaciones internacionales. No se requiere desconocer, por cierto, la autoridad analítica que los métodos y aproximaciones de *la corriente principal* a la cuestión del poder puedan reclamar para sí, para considerar que estos tal vez no permitan teorizar algunas de sus zonas centrales, obstruyendo artificiosamente, en ese caso, su problematización.<sup>3</sup> *Apartarse del mainstream* significa aquí básicamente dos cosas: por un lado, el ánimo transdisciplinar de *Memorias de ciudadanía*, un relato armado en la intersección de la política comparada, la economía política, la sociología urbana

---

3 El punto se plantea más detenidamente en Menéndez-Carrión y Bustamante: «Purposes and Methods of Intra-Regional Comparison» (en Peter H. Smith (ed.): *Latin America in Comparative Perspective. New Approaches to Methods and Analysis* (Boulder, Co.: Westview Press, 1995), pp. 59-80.

y la antropología; y, por otro, mi apelación a la teoría política clásica, la teoría crítica y a enfoques posestructuralistas. También conviene indicar, por el momento de manera rápida, algunas opciones conceptuales, premisas y puntos de partida.

### 1.1. El énfasis en *lo que fluye* (o la cuestión de la ciudadanía)

Doy por sentada la condición fluida y cambiante de la ciudadanía. Es decir, como punto de partida reconozco las discontinuidades y pluralidad de significados de la noción en momentos históricos dados; en entornos sociales concretos; y a través del tiempo.

A no dudarlo, el complejo itinerario de la ciudadanía en cualquier época o situación concreta se vincula a las cuestiones estratégicas que tanto su conceptualización cuanto su práctica misma buscan atender. Es decir, independientemente de los contenidos que se atribuyan a la noción o las dimensiones que se enfatizan para definirla —fueren estas de índole legal, territorial, funcional, moral, etcétera— su importancia estratégica radica en las narrativas que habilita (y también en las que excluye) para comprender y constituir —y por tanto *resolver* (regular, interpelar, o transformar)— el lugar de la gente en entornos concretos. De allí que no deba sorprender la índole diversa de los significados adscritos a la noción —por ejemplo, *restricción* (*insiders/outsiders*); *cierre* (nacionales/extranjeros); *conquista* y *expansión* de derechos individuales y/o colectivos; *sentidos de pertenencia* y *comunidad*, por mencionar tan solo algunos. Lo que interesa a esta pesquisa es cómo diferentes nociones de ciudadanía *resuelven el lugar* de lo público —es decir, el significado y la significación que estas le confieren—, prestando especial atención a cómo los distintos modos de resolver el lugar de lo público se vinculan a (o se apartan) de la idea de *un mundo en común*.

### 1.2. El énfasis en *la durabilidad* (o la cuestión de la polis)

Si se reconoce de partida la condición fluida y cambiante de la ciudadanía en tanto noción y campo de experiencia, ¿por qué conferir a la durabilidad tanta importancia? Baso esta opción en tres consideraciones de refuerzo mutuo.

La primera remite a un campo temático relativamente nuevo —los llamados *citizenship studies* o *estudios de ciudadanía*— y a aquello que, en mi criterio, sus principales debates privilegian o dejan de lado. Por cierto, el interés por tematizar las transformaciones de la forma-ciudadano (a nivel nacional, transnacional, o posnacional) así también como los momentos de *consolidación* y *producción* de ciudadanía (tematizados bajo la rúbrica de *ciudadanización*), ha crecido exponencialmente en las últimas dos décadas (Menéndez-Carrión, 2007, 2001; este estudio, capítulo 1). Así, la ciudadanización como dispositivo contrahegemónico a una panoplia de exclusiones cuenta, a la fecha, con

valiosas investigaciones centradas tanto en los límites y alcances de la participación política convencional, por un lado, cuanto en la cuestión del *life politics* y los movimientos sociales como modos de expansión o relocalización de la esfera pública, por otro. Mientras tanto, la cuestión de la durabilidad de la forma-ciudadano —en tanto cultura *fuerte* de lo público y modo de resistencia a fuerzas contrahegemónicas— no parece haber suscitado mayor atención. El programa de investigación en que este libro se basa convoca ese tema olvidado, intentando rescatar la idea de que preguntarse por *la durabilidad* permite explorar otras facetas, menos comprendidas —y centrales— de *ser político*.

La segunda consideración es metodológica. Sitúo cambio-y-permanencia como falso antagonismo (capítulos 1, 2). Por tanto, me preocupa la pérdida estratégica en la que se incurre al dejar a un lado la cuestión de la permanencia en las conversaciones actuales sobre lo público en tanto lugar de resistencia. En otras palabras: considero plausible argumentar que *aquello que permanece* puede remitir a zonas centrales de resistencia a la erosión y eventual agotamiento de proyectos colectivos a los que vale la pena prestar atención. Aun cuando se trate de *modos de hacer las cosas* territorialmente afincados (al Estado nación).

La tercera consideración remite a una convicción personal. Me parece que cualquier sociedad que en algún momento de su itinerario haya apuntalado sus parámetros constitutivos básicos en la doble lógica de la pluralidad y el igualitarismo, sugiere un logro colectivo de magnitud considerable. Por cierto, *lo público* evoca espacios relacionales más (o menos) incluyentes en cualquier formación societal. En un extremo del *continuum* hipotético, un territorio de meros habitantes escenifica la exigüidad o ausencia de significación de ese tipo de espacio. Más o menos hacia el medio del continuo hipotético se encuentra probablemente la mayor parte de sociedades del mundo occidental, un dato que subraya la significación de la experiencia uruguaya y el interés teórico de interrogar esa experiencia interrogando el trayecto del espacio discursivo de la polis —desde su configuración, al momento de estabilización, posterior desestabilización y eventual defensa—. Es decir, reconocer el momento hegemónico de la polis como tramo central de la historicidad del Uruguay convoca a entender los movimientos constitutivos de *ese* encuentro, y a preguntarse acerca de *aquello que permanece* una vez que la polis *falla*.

### 1.3. Ser político... ser de la polis... ¿qué quiere decir?

Las batallas discursivas por prevalecer en lo que ha de entenderse como público o político van a acompañar este libro de principio a fin. Para efectos inmediatos, conviene anticipar tres puntos.

Primero, y apelando a la formulación de Claude Lefort (1988), me parece útil advertir la distinción entre *la politique* y *le politique*, donde *la política* remite a «los comportamientos, estrategias, y políticas específicas de los actores y las instituciones políticas» (Gabardi, 2001: 95), y *lo político*, mientras tanto, al «encuadre constitutivo y al espacio sociopolítico en el cual la política ocurre, y a través del cual se asigna significado a los eventos» (ibídem).

Ciertamente, el interés e involucramiento en *la politique* es importante cuando de pensar la polis se trata, al punto que el significado contemporáneo de esta suele adscribirse a la clásica noción de poliarquía (propuesta originalmente por Robert Dahl, 1956). En todo caso, el confinar los asuntos que han de ser entendidos como *políticos* a la poliarquía remite, me parece, a una maniobra metodológica severamente constrictiva. El *mainstream* de la ciencia política podrá denunciar *lo político* como *fuera de la política*, es decir, de *lo que importa* cuando de delimitar *el campo* se trata. Esto puede permitirle hacer una serie de cosas interesantes. Ese tipo de elección metodológica inhabilita a quienes la asumen, sin embargo, para captar el desplazamiento de fronteras de significado y sus consecuencias para la pertinencia de sus propias conceptualizaciones. Esto me lleva a un segundo punto.

No hay por qué descartar la importancia del *sistema político* como *dimensión* de la polis, para sospechar que *ser político* (involucrarse como *hacedor de lo público*, *hacer cosas* relevantes para salvaguardar la significación de *la vida juntos* incluyendo el *estar simplemente ahí*, tomando parte y, por tanto, confirmando la plausibilidad de ese modo de organizar la convivencia entre extraños) ha de trascender la acción de votar, o la *conciencia política* que implica el comprometerse regular u ocasionalmente en la actividad partidista, el cabildeo o la *participación* estampando una firma en un petitorio de plebiscito, yendo a asambleas públicas o incorporándose a protestas organizadas.

De allí un punto de partida básico de este estudio: ser político/ser *de* la polis remite a una serie de disposiciones que escenifican la *conciencia* de ser-y-estar<sup>4</sup> *entre otros de igual titularidad*, es decir, entre extraños. Me refiero a formas de ser-y-estar *en público* ancladas en sentidos de ciudadanía (sensibilidades y disposiciones intersubjetivas) que es fácil pasar por alto al fijar la mirada en por qué y cómo la gente se organiza para llevar asuntos a la esfera pública. En mi formulación, ese *ser-y-estar-en público* ancla silenciosamente el significado y la significación de un espacio público fuerte. Por consiguiente mi programa de investigación toma la cuestión de la ciudadanía como ventana analítica hacia formas de *ser político* que considero insuficientemente investigadas y conviene mirar, a menos que zonas centrales de ese asunto inmanentemente político —la convivencia— se pierdan de vista por permanecer sin nombre, carentes de reconocimiento y, por tanto, engañosamente invisibilizadas.

Las formas que particularmente me interesan son aquellas que constituyen y recrean disposiciones colectivas a *tomar parte* en encuentros mutuamente-habilitantes cuya escenificación permite la estabilización de espacios públicos no-mercantilizados e igualitarios. Estas formas de ser *de* la polis requieren, con frecuencia, inversiones personales considerables —en términos de tiempo, energía y otros recursos— en el contexto, además,

---

4 Véase, por ejemplo, el argumento de Wolin para resituar la democracia en tanto *mode of being* (modo de ser/estar), más que en tanto *forma de gobierno*, en Sheldon Wolin: «Fugitive Democracy» (en Seyla Benhabib (ed.): *Democracy and Difference*, Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1996 capítulo 2, pp. 31-45).

de relativa escasez material. Entiendo el *piso* en que estas formas se asientan como piso *discursivo*, lo que significa que las *demandas* implicadas en su escenificación remiten a la movilización de capital cultural. Como se verá en el transcurso de la historia que se cuenta en este libro, la *naturalización* de estas formas de *ser de la polis* constituye su mayor fuerza y, al mismo tiempo, su mayor debilidad. Conviene no anticiparse, en todo caso.

Por el momento, y en tercer lugar, corresponde subrayar que *ser político* puede manifestarse en el día a día de arenas, rituales y disposiciones rara vez reconocidas como políticas: las salas de teatro, sus actores y sus públicos; las cooperativas de vivienda; las tiendas de barrio; los bares y cafés de la ciudad; las tertulias de poesía; los festivales de cine o de música; los maestros de escuela trabajando conjuntamente con las comisiones de padres; la calidad y textura de la vida de la ciudad —en las calles, sus esquinas y sus plazas— y la gestualidad de los caminantes mientras circulan entre extraños. Tales arenas, junto con los rituales y disposiciones que configuran su textura pueden indicar, en modos tangibles, la resistencia colectiva al estrechamiento del espacio público y por consiguiente, el capital de la polis *en acción* —se trate o no de arenas y rituales convencionalmente reconocidos como *propios* de la *esfera política*, o de *actores* reconocibles como *activos* en la *política*.

#### 1.4. Situando el terreno cultural

Que en este libro la escenificación de *un mundo en común* se haga descansar en las operaciones que van ensamblando y definiendo la memoria de ser político significa asumir el terreno cultural como central.

Ahora bien. Aun cuando mi interés básico es entender *aquello que permanece* cuando el espacio discursivo de la polis pierde hegemonía, mi formulación no está atada, espero, a una noción determinista de *la cultura*. Entiendo lo cultural como campo de contestación, es decir, como el complejo terreno en el que las lógicas de poder se despliegan y confrontan entre sí, por ser este el terreno en que se juega la posibilidad de *definir* —es decir, la lucha por la hegemonía.

Es por demás conocido que el pensamiento de Antonio Gramsci otorgó un vocabulario de notable rendimiento teórico a la cuestión de la hegemonía. También cabe mencionar, aunque brevemente por el momento, dos influyentes reformulaciones del pensamiento gramsciano. Me refiero al enfoque posmarxista de la democracia radical propuesto por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985), y a Robert Cox y su teorización de la economía política del orden mundial.<sup>5</sup> Anoto, desde ya, que hay algo

---

5 Véanse, especialmente, «Gramsci, Hegemony, and International Relations: an Essay in Method»; y «Towards a Post-hegemonic Conceptualization of World Order: Reflections on the Relevancy of Ibn Khaldun», en Rob-

que desvincula mi relato al tipo de momento histórico a la base de la formulación gramsciana, teniendo en cuenta que el *locus* de la hegemonía en el itinerario concreto del cual este libro aspira a dar cuenta estuvo ocupado en un momento decisivo por el espacio discursivo de la polis, y por tanto el desafío contrahegemónico toma la forma de lógicas opuestas a un anclaje plural-e-igualitario. En mi intento por entender las dinámicas de poder desplegadas en las luchas por la hegemonía y la configuración de momentos contrahegemónicos que definen la peripecia del Uruguay presente, voy a apelar a estos y otros autores para poder tematizar esa peculiar situación contrahegemónica (capítulos 1, 2).

### 1.5. Situando el terreno discursivo

La noción de discurso figura de manera prominente en mi intento por entender las batallas por la hegemonía y los alcances y límites de la resistencia a la instauración de una hegemonía neoliberal en el caso uruguayo. Según mi argumento, la hechura de los modos de relacionamiento que otorgan sentido o deniegan la-vida-juntos se fragua a través del discurso. Cuando me refiera al *piso discursivo* del Uruguay, entonces, estaré aludiendo al efecto resultante del peso relativo de distintas lógicas discursivas —lógicas cuyo posicionamiento relativo me interesa por entender que el piso resultante define el lugar de lo público en cualquier momento dado.

Mi noción de discurso apela, por cierto, a Michel Foucault —y también a otros autores que, inspirados por el trabajo de este pensador fundamental, han producido contribuciones mayores propias—. Uno de ellos —Arturo Escobar (1995: vii)— lo expresa bien: «El trabajo de Foucault acerca de las dinámicas del discurso y el poder en la representación de la realidad social, en particular, han sido instrumentales para develar los mecanismos a través de los cuales un cierto orden discursivo produce modos permisibles de ser y pensar mientras descalifica otros, y hasta los torna imposibles».

Tomo como premisa que el comprender y actuar sobre *la realidad* descansa en las prácticas discursivas que sostienen su definición. Las luchas por la hegemonía tienen lugar a través de las operaciones del discurso, donde el poder de definir es lo que está en juego. En otras palabras, las prácticas discursivas son el *locus* para el despliegue del poder —comprendido, con Foucault, como una panoplia de situaciones estratégicas—; y para la movilización y *resolución* de aquello que esté *en cuestión*, o en juego, en cualquier momento dado. Más específicamente, tomo como premisa que cualquier tipo de espacio (*físico*) que la gente cohabita está signado por la coexistencia de una diversidad

de narrativas que encuadran el sentido propio y el de los demás acerca de los entornos tácitamente compartidos. La gama de narrativas que informan la calidad y textura de los espacios (*intersubjetivos*) resultantes, podrá ser más amplia o más estrecha. La condición de mayor/menor estabilidad, armonía, conflictividad del piso discursivo conferirá a los espacios (*físicos e intersubjetivos*) calidades y texturas de mayor (o menor) significación desde la perspectiva de escenificar *un mundo en común*, teniendo en cuenta que se trata de *espacios relacionales* donde el poder de definir está en juego.

La pregunta se vuelve entonces cómo el espacio discursivo de la polis logra hegemonía, es decir, el poder de definir los parámetros básicos para *vivir juntos*; y, también, qué pasa después, es decir, qué tipo de piso discursivo emerge cuando ese momento hegemónico queda en el pasado y no se obtiene la estabilización de contendor alguno —aun cuando hayan transcurrido varias décadas desde que aquel momento quedó atrás.

## 1.6. Acerca del capital cultural

La idea de la polis evoca, básicamente, un entramado de interacciones territorialmente ancladas (capítulos 1,2). Su escenificación no puede depender, entonces, al menos no exclusivamente, de aquello que este entramado no está en condiciones de controlar —las conexiones intrincadas entre decisiones y no-decisiones de actores locales y globales y las lógicas enredadas del poder mundial emplazadas dentro de su territorio o en otra parte, para cumplir la tarea más modesta, pero crucial, de «permanecer en pie» una vez alcanzado el momento de estabilización—. La *identidad nacional*, sostendrán algunos, puede constituirse en eje de durabilidad. En todo caso, la construcción, consolidación y defensa de *lo nacional* como *base identitaria* no hace parte de este libro. Después de todo, pueden pensarse otro tipo de bases —más interesantes y, por seguro, más auténticamente democráticas— para tramitar la cuestión de vivir juntos —estén o no presentes fuertes adhesiones a *ser de la nación*—. Así, y como argumentaré más adelante, la escenificación de la polis descansa en la forma de capital que la sustenta. A esa singular forma de capital (colectivo) le llamaré *el capital de la polis* (capítulos 1, 10).

Si bien apelaré en su momento a las teorizaciones de Pierre Bourdieu sobre el capital social y cultural (capítulo 2), me atreveré a formular la noción de capital cultural de manera diferente, es decir, como base de empoderamiento colectivo, más que como sitio de control político o reproducción del interés individual (capítulo 10). En este libro, como se verá más adelante, el capital de la polis habilita la escenificación y reescenificación del entramado invisible que conecta a los ciudadanos anónimos en modos que confirman la significación de *la vida juntos* en cualquier momento dado y a través del tiempo. Ese capital opera, por tanto, como el conjunto de recursos intangibles en los cuales se asienta la durabilidad de formas de ciudadanía hacedoras de lo público.

## 1.7. El lugar de los extraños, el anonimato y las calles

Es por demás obvio que *ser político/ser de la polis* requiere espacios para que los ciudadanos se involucren en *la politique* si así lo deciden. El lugar conceptual de *las interacciones entre extraños* es mucho menos obvio (capítulo 1). Es probable que mi apelación conceptual a *los extraños* y *el anonimato* pueda parecer una suerte de rareza incomprensible en medio de tantos supuestos de amplia aceptación acerca de los *sentidos de pertenencia* reiterados hasta la saciedad en los estudios convencionales acerca de *la cultura cívica* —y *cercanías* dadas por sentado, dicho sea de paso, en narraciones ampliamente difundidas sobre formas virtuosas de convivencia en el entorno uruguayo (pasado o presente, para el efecto poco importa) «porque somos un país chico donde todos se conocen». Este trabajo permite mostrar la centralidad de los extraños, el anonimato y las calles en la hechura, estabilización y defensa de un mundo en común. Quizás convenga anticipar un par de puntos al respecto.

En primer lugar, conviene señalar mi interés en movilizar la propuesta de que «ser político» requiere espacios para que la gente se involucre en rituales de mutuo-reconocimiento sin tener que declarar quiénes son, qué hacen, o cómo piensan —espacios donde vigilar las declaraciones de «identidad» se torne innecesario e irrelevante—. Entiendo esos espacios como «los fundamentales» de la «libertad» de «todos». En esta formulación, la posibilidad de circular y mezclarse *entre* y *en tanto* extraños ensancha el espacio en que la gente puede moverse sin temor a amenazas físicas o ideológicas. En términos metafóricos, ‘caminar’ *entre*, *en tanto*, y *junto* a extraños sin tener que pronunciar «mi nombre» o evidenciar «mi condición» —es decir, «ser anónimo»— se coloca aquí como la matriz en que las relaciones de proximidad pueden asentarse —aquella proximidad posibilitada, precisamente, por el libre flujo de los encuentros entre extraños que podrán, recién entonces, optar por establecer, con otros, algo más que una conversación casual, o declinarla.

En segundo lugar, encontrarse *a salvo* entre extraños también se entiende aquí como propiedad concreta adquirida por conglomerados humanos que se las han arreglado en algún momento de su itinerario para producir un espacio público fuerte. La *seguridad entre extraños* se vincula, en esta formulación, al despliegue y circulación del capital de la polis. Por lo tanto, en este trabajo se pondrá mucho énfasis a las calles y también en el tipo de encuentros que estas hacen posible o deniegan en los distintos momentos de ese itinerario.

## 1.8. El lugar de *lo privado*

Como se mostrará en su momento, el espacio discursivo de la polis *resuelve* el tormentoso problema de las relaciones entre lo público y lo privado expandiendo —a través de la movilización de todo tipo de recursos (capítulos 1, 2, 9)— las zonas en que la gente puede *moverse a salvo*. De modo muy esquemático por el momento, si lo público se entiende

aquí como el lugar de encuentro entre extraños, lo privado se coloca como el lugar de las articulaciones interpersonales presididas por las prerrogativas del *choice* (la elección de proyectos de vida, amigos, familia, conocidos, ideas, etc.).

Sabemos, desde luego, que la cuestión de lo público/lo privado suele evocar las batallas por definir cómo y hasta qué punto el individuo puede ejercer legítimamente las prerrogativas del *choice*, asunto central en los debates clásicos y contemporáneos de la teoría política. Haré referencia a estos debates más adelante (capítulo 1), como base para explicar mis premisas conceptuales acerca de la relación entre lo público y lo privado (capítulo 2). Por el momento, conviene anticipar que la historia que se cuenta en este libro sugiere cómo un espacio público fuerte, lejos de *anular* el lugar del *individuo*, está inmanentemente sesgado hacia el suministro de recursos básicos para confrontar la titánica tarea de construir bienestar colectivo pero, también, la prosecución del bienestar individual —neutralizando o compensando las falencias del ámbito privado— (capítulos 3, 4, 5).

## 2. DELINEANDO LOS AVATARES DE UNA POLIS GOLPEADA. LA EXPERIENCIA URUGUAYA (1950-2010)

No hace mucho tiempo el Uruguay comparecía en las páginas de *The Economist* como *El próximo Chile*.<sup>6</sup> Como se sabe, el modelo chileno ha sido exhibido una y otra vez por los publicistas del libre mercado como *ejemplar*, silenciando o desestimando los correlatos sociales y culturales —un tanto problemáticos— del modelo en cuestión. Para efectos inmediatos, en todo caso, resultan más interesantes tanto el subtítulo del artículo («Si se dejara ser») y la frase final, que sentencia lo que podría requerirse para que el Uruguay se permita, por así decirlo, transitar hacia la condición de *nuevo Chile*: «[...] Uruguay tendrá que elegir entre dinamismo e igualitarismo».

Esta referencia rápida al *dilema* del Uruguay, tal cual lo representaba hace algunos años esa voz autorizada del *establishment* neoliberal, subraya los contornos problemáticos de un tema central de este libro: el lugar de *aquello que permanece* del eje plural-igualitario luego de décadas de estrés sin precedentes.

### 2.1. Algunos rasgos del itinerario uruguayo

Si bien la inserción del Uruguay en el orden mundial corresponde históricamente a la lógica globalizadora del capitalismo, hay una serie de rasgos (capítulos 3, 4) que singularizan

---

6 El artículo apareció en la edición del 3 de febrero de 2007.

el itinerario del Uruguay en el contexto latinoamericano. Los párrafos que siguen —un conjunto de notas introductorias de carácter interpretativo más que descriptivo— buscan delinear algunos de esos rasgos.

Uruguay es el país de habla hispana más pequeño de la región, tanto en superficie (176.215 km<sup>2</sup>) cuanto en población (3.250.000 habitantes).<sup>7</sup> El sitio más tardío del colonaje, su asentamiento territorial fue de interés marginal para los designios imperiales; y permanecería menor en su interés para la economía política internacional desde el nacimiento de la República (1830) hasta mediados del siglo xx. Esta peculiar inserción, y las dinámicas geopolíticas que eventualmente lo instituyeron como *buffer-state* entre los dos gigantes sudamericanos (Argentina y Brasil) guarda una serie de implicaciones que se tratarán más adelante (capítulos 3,4). Conviene anticipar que hasta la década del treinta del siglo pasado, la *insularidad relativa* conferida a esta república latinoamericana por el orden capitalista mundial —bajo la égida de Gran Bretaña en los países exportadores de ganado y lana del Cono Sur— le permitió construir un Estado de bienestar pionero —y en retrospectiva— notablemente interesante.

Fue tempranamente que el Estado adquirió centralidad en la regulación del mercado y en crear las condiciones para colocar al país en la senda de una rápida modernización. El Estado asumió un papel central en la protección de los salarios y beneficios de los trabajadores; y en el establecimiento de un sistema de salud pública reconocido internacionalmente, así también como de un sistema de educación pública ejemplar. Se ha señalado hasta la saciedad que estos rasgos, junto con un sólido sistema de partidos, el dinamismo de la movilidad social ascendente, y una rica vida asociativa, suministraron canales significativos de *integración* en un país altamente urbanizado que se convirtió en receptor de flujos masivos de migrantes europeos desde mediados del siglo xix hasta bien entrada la década del cuarenta del siglo pasado. También se ha señalado que, eventualmente, su calidad de vida —y *la calidad de su política*— otorgaron credibilidad al mito de *país de las perfecciones conseguidas* (capítulo 3). Lo que conviene subrayar, más bien, es que lo que podemos llamar para propósitos heurísticos *el modelo uruguayo*, habilitó la tramitación de las relaciones de poder —que caracterizan cualquier sociedad de clases— a través de una democracia política y social tangible, apuntalada por una textura plural-e-igualitaria y un fuerte espacio público —un *logro*, por lo demás, que no parece requerir mayor adjetivación para evocar una respetable construcción colectiva.

La reestructuración del orden mundial en la cuarta década del siglo xx marca un severo punto de inflexión en ese itinerario. Ciertamente el doble movimiento de una economía capitalista mundial liderada por los Estados Unidos y las dinámicas de poder propias de la guerra fría no reconocerían la insularidad relativa del Uruguay. Para mediados de los años cincuenta, esa esquina del planeta —otrora marginal— fue sumergida, de lleno, en

---

7 Según las cifras preliminares del Censo de Población y Vivienda de 2011, 3.251.526 habitantes.

las dinámicas de la guerra fría, y en una lógica de expansionismo capitalista que significó la imposibilidad de sostener el *modelo uruguayo*. La pérdida de prosperidad económica aparejó polarización y conflicto. La creciente instalación de ambas dinámicas tomó a los uruguayos por sorpresa —tanto al ciudadano de a pie cuanto a una clase política experimentada en el arbitraje pacífico del pacto social, no así en la administración de tormentosos juegos suma-cero.

De las filas de la llamada *clase media uruguaya* emergieron en la década siguiente sectores estudiantiles, trabajadores y profesionales que se embarcaron en la lucha abierta a los nuevos parámetros. Entrenadas para entonces en tácticas de combate a la *subversión* por los Estados Unidos, y precedidas por el autoritarismo civil (1968-73), las Fuerzas Armadas tomaron el poder inaugurando un brutal interregno militar (1973-84). El disenso fue silenciado a través del asesinato, la prisión, la tortura, el exilio, el inédito desplome de las expectativas de movilidad social ascendente y los miedos que se instalaron en consecuencia. La lógica auspiciada por la dictadura no era menos que refundacional: transformar los parámetros de la vida pública, de larga data, borrando una memoria colectiva centrada en la pluralidad, el igualitarismo y la idea de lo público como *lugar de todos*; asegurar el alineamiento del Uruguay al *mundo libre*; y, desde luego, facilitar las operaciones del capitalismo global.

La prolija poliarquía uruguaya fue reinstalada a mediados de los ochenta. En las dos décadas siguientes los regímenes civiles no abandonaron su compromiso con la reestructuración económica, si bien se movieron más *gradualmente* de lo esperado, ante una ciudadanía adversa, como testimonian la consistencia de las encuestas de opinión y varios plebiscitos (1992, 2003, 2004) que pusieron de manifiesto la orientación *pro Estado* de una abrumadora mayoría de votantes (en promedio, más del 60 %). Para octubre de 2004 la victoria electoral del Frente Amplio —una notable coalición de partidos y movimientos de izquierda y centroizquierda en el que convergen desde demócratas cristianos a socialistas, comunistas y la ex guerrilla tupamara— completaría la rotación del espectro político partidista uruguayo, poniendo de relieve *la buena salud* de la poliarquía uruguaya. Para inicios de 2007 los logros gubernamentales del Frente Amplio operaban como telón de fondo para que *The Economist* proclamara al Uruguay como *el próximo Chile*. Para noviembre de 2009, el Frente triunfaba nuevamente en las elecciones presidenciales. Y marzo de 2010 se iniciaría con la inauguración de su segundo gobierno (2010-2015), con el ex guerrillero tupamaro José Mujica como presidente de la República.

## 2.2. Anticipando algunas líneas de argumentación

Hacia inicios de la segunda década del siglo XXI, y de acuerdo con parámetros internacionales, el Uruguay difícilmente evocaba un rincón complicado del planeta: la poliarquía era sólida; al cuidado de respetados conductores de política, y a la luz de respetables guarismos

de crecimiento, la economía funcionaba; y los esfuerzos del gobierno del Frente por confrontar décadas de desinversión en el bienestar de los uruguayos eran notorios. Mientras tanto, la polis permanecía seriamente golpeada, con consecuencias que, sin embargo, no parecían asociarse en el debate nacional a su cada vez más precaria condición.

Más allá de los logros del primer gobierno del Frente (capítulos 3, 4), las serias consecuencias de la desinversión acumulada en el bienestar de los uruguayos configuraban los perversos parámetros de ese presente. El éxito en combatir el desempleo abiertamente difícilmente podía ocultar —a pesar de una retórica oficial optimista— los efectos acumulados del empleo de baja calidad, el multiempleo y el subempleo en su amplia gama de manifestaciones. Al mismo tiempo, los efectos intergeneracionales del prolongado erosiónamiento de las titularidades y mecanismos de apoyo social; los efectos acumulados del drenaje migratorio; una alta tasa de pobreza para el Estado de bienestar del pasado —de alrededor del 20 % con una configuración preocupante en términos etarios—, la movilidad social ascendente trabada acompañada de señales visibles de hiperdiferenciación social y del inédito prestigio de *lo privado* (educación, servicios de seguridad, usos del tiempo libre, etcétera), ponían de manifiesto la penetración lograda por la lógica neoliberal —implacable en su despliegue pedagógico para eliminar las interferencias aún persistentes a sus pretensiones hegemónicas—. Tales *interferencias* remitían al *comando*, aún actuante, de la atribulada polis —me refiero, por cierto, a las *memorias de ciudadanía*—. Al momento de cierre de este estudio (2012), ¿será plausible argumentar, aún, la vigencia de ese comando?

Apelando a tres nociones —discurso, hegemonía, y capital cultural—, el estudio pretende dar cuenta del interjuego entre cambio-y-permanencia en el itinerario de *la experiencia uruguaya*, colocando la mirada en el (momento-frontera) presente para intentar una lectura que enfatiza las gramáticas de la resistencia en medio de las severas disrupciones de memoria de las últimas cuatro décadas. Más específicamente, trataré de avanzar las siguientes líneas de argumentación y de extraer algunas implicaciones teóricas —y también prácticas— de esa lectura.

Primero. Uno de los rasgos más interesantes de la experiencia uruguaya ha sido (en el mejor de los casos) insuficientemente reconocido, o (en el peor) simplemente ignorado. Ese rasgo remite a los movimientos constitutivos de formas de ciudadanía signadas por sentidos colectivos de titularidad para tomar parte en encuentros mutuamente-habilitantes que nutren y recrean espacios públicos igualitarios-y-plurales. Contrariamente a los relatos establecidos acerca de los rasgos sobresalientes de esa experiencia (que típicamente enfatizan el papel central del Estado como hacedor de bienestar *desde arriba*», o el papel del sistema de partidos en vertebrar *la nación*), los espacios que los ciudadanos de a pie construyeron por y para sí mismos, sus luchas *desde abajo*, y los resultados de esas luchas —incluyendo su penetración del Estado y sus narrativas— constituyen, tal vez, el rasgo más notable de la historicidad uruguaya.

Segundo. Ni *la ausencia de pobreza* (el *modelo uruguayo* no elimina la pobreza), ni la fortaleza del *welfare state* (a pesar de sus logros concretos), ni la muy aplaudida

construcción de un sólido sistema de partidos confieren a la polis uruguaya su mayor logro: la *estabilización* de sus parámetros habilitantes básicos.

Tercero. En este libro voy a argumentar, por consiguiente, que el mayor logro de la polis uruguaya fue discursivo. Ese logro remite al entramado de parámetros político-culturales que hegemonizaron lo público, estabilizando, así, *modos de ser político y hacer las cosas* que habilitaron —por un buen tiempo— la pluralidad y el igualitarismo como doble-eje de *un mundo en común*. Ese doble-eje permitió procesar las principales contradicciones del contexto societal uruguayo a través de la incorporación del antagonismo y el disenso como práctica de una democracia auténtica. Más importante aún, habilitó la estabilización silenciosa de un notable *nodo* de confluencia societal para *ser de la polis* cuya escenificación descansó precisamente en los hábitos, sensibilidades y disposiciones que esa convergencia hizo posible. Como se verá más adelante (capítulos 6, 9), el *nodo* en cuestión rebasa los confines de la famosa *clase media uruguaya* —mostrando, de paso, la precariedad de esa noción para dar cuenta de aquello que se logró construir—. Es la hegemonía de ese discurso —cuyos elementos constitutivos me propongo mostrar con detenimiento en las páginas de este libro— lo que hace la escenificación del *estar a salvo entre extraños* —es decir, la vida juntos— posible.

Cuarto. ¿Por qué *falló esa polis*? Si lo que falla es la articulación entre la trayectoria del Uruguay, por un lado, y la polis en tanto espacio discursivo, por otro, el momento que marca el punto de inflexión es el rediseño de un contexto internacional que abre la puerta para la insurgencia del momento neoliberal del capitalismo, de la mano con un nuevo orden mundial bajo la égida de los Estados Unidos. Según mi argumento, los años de la dictadura —y el autoritarismo civil que la preludia— operan como clave de apertura a la entrada de ese contendor discursivo que, desde entonces, pasará a instalarse con aspiraciones de residencia permanente que conllevan la sucesiva expansión de su edificación aun después del interregno autoritario que le permitió colocar *la piedra fundamental*. Ese punto de inflexión —y la reestructuración societal que habilita— inaugura la creciente separación entre un Estado nación y su anclaje plural-igualitario, es decir, el distanciamiento progresivo entre Uruguay y el espacio discursivo de la polis —a pesar de la restauración de la democracia política de mediados de los ochenta; la vigencia de la respetable poliarquía uruguaya desde entonces; y la instalación de la izquierda oficial en el gobierno desde el 2005 por dos períodos consecutivos.

Quinto. Si la situación presente del Uruguay se entiende aquí en términos de la condición crítica del espacio discursivo de la polis, procuraré mostrar la magnitud del problema tematizando las implicaciones de un piso discursivo sumido en una prolongada *guerra de dos mundos* sin atisbos de resolución.

Para nombrar ese estado de indefinición e interrogar sus efectos, propondré la noción de *disonancia discursiva*. Apelar a esta noción me permite conceptualizar una situación de empate perverso caracterizado por a) la marcha constante —y a paso creciente— de un discurso contrahegemónico, que, *sin embargo*, b) no ha encontrado un terreno lo

suficientemente permeable como para poder instalarse con la confianza que podría exhibir en entornos en los cuales, al contrario del uruguayo, el espacio discursivo de la polis no logró hegemonía en el pasado —un terreno, en el cual, por lo demás, ese discurso hegemónico del pasado, severamente golpeado en su momento *post*, aún se resiste a claudicar.

Esa situación de *impasse* reviste una serie de implicaciones; entre ellas, que, a través de la inercia del desgaste se alcance eventualmente un momento-frontera más allá del cual los gestos de resistencia se tornen irrelevantes. En todo caso, esa eventual *resolución* incluye como momento previo la movilización del capital cultural *en defensa* de la polis, lo que me lleva al siguiente punto.

Sexto. La investigación muestra un rasgo notable del espacio público uruguayo en medio de esa situación de *impasse*. Me refiero a las operaciones de una cultura de lo público que, aun cuando severamente disminuidas en su espacio de acción, continúan ancladas en el doble-eje de la polis, rehusándose a aceptar como *inevitables* las pretensiones hegemónicas de la lógica neoliberal. Apelar a la idea del capital de la polis (capítulos 2, 10) me permite dar cuenta de esas operaciones. A su vez, rastrear las operaciones de ese capital desde los momentos más tempranos del itinerario uruguayo, y caminar su trayecto a lo largo del siglo xx hasta el presente, me permite argumentar que *aquello que permanece* conviene entenderlo como el formidable legado de ese espacio discursivo que encontré en el Uruguay un ambiente hospitalario para florecer —por algún tiempo—. Ese legado sostiene la idea de lo público, al menos todavía, como lugar de resistencia.

Por cierto, el eventual agotamiento de ese capital como base para efectuar el tránsito del momento de resistencia al de restañamiento/reparación/recuperación, es una pregunta abierta a la que también conviene prestarle atención. En las páginas finales de libro me atreveré a sugerir algunas razones lo suficientemente dignas de ser contempladas como para no dar por sentada la *inevitabilidad* de ese agotamiento —de contornos perturbadores, sin duda, en la medida en que evoca la instalación de una dislocación difícilmente reparable entre la historicidad del Uruguay (el legado de la polis), y una condición futura vertebrada por la pérdida de memoria colectiva.

### 3. ESTRUCTURA DEL LIBRO

La primera parte (capítulos 1, 2) presenta el andamiaje teórico del estudio, y justifica un programa de investigación que pretende situar el itinerario del Uruguay en términos de sus encuentros y desencuentros con el espacio discursivo de la polis. Cabe mencionar que en esa primera parte pasaré revista a la influyente *esfera pública* de Jürgen Habermas y, también, a la teorización de Engin Isin sobre la cuestión de la ciudadanía en tanto *alteridad*, tomando distancia del planteo del primero y apropiándome selectivamente de algunos de los sugerentes planteos del segundo. A plena conciencia de algunos de sus aspectos problemáticos, mi modo de entender la polis es tributaria del monumental

esfuerzo de Hannah Arendt por teorizar *un mundo en común*. Por consiguiente, esta primera parte incluye una referencia detenida al pensamiento de Arendt que busca recuperar los componentes medulares de su teoría.

Interrogar *la experiencia uruguaya* en términos de sus encuentros y desencuentros con el espacio discursivo de la polis significa proponer que no *uno*, sino *dos* itinerarios están implicados en la historia que se narra en este libro. Tal vez esta separación entre el itinerario del Uruguay y la trayectoria de la polis pueda parecer un tanto artificiosa, a menos que se tengan en cuenta las premisas conceptuales que la justifican. Como ya se anticipó, y se mostrará con detenimiento más adelante, en este libro la polis no figura como sinónimo de la *esfera política de un Estado nación*, o como un conjunto de arreglos institucionales. Tampoco se entiende como proyecto deliberado. Al formularla como *espacio discursivo*, la polis queda, por así decirlo, metodológicamente liberada del domicilio (territorial/institucional) concreto en el que pueda eventualmente afincarse. Esto permite plantear cómo (y por qué) los respectivos *momentos* de esos dos itinerarios pueden *juntarse* o *separarse* a través del tiempo.

Por lo tanto, la segunda parte (capítulos 3, 4) propone dos viajes en el tiempo. Un primer viaje interroga la economía política del Uruguay y sus dimensiones sociopolítico-culturales desde el asentamiento territorial hasta el presente (capítulo 3). El segundo (capítulo 4) procura avistar los distintos momentos del itinerario de la polis prestando atención a sus encuentros y desencuentros con el itinerario del Uruguay.

La primera y segunda partes, juntas, allanan el camino para confrontar uno de los desafíos centrales del estudio, es decir, la tarea de rastrear y articular los trozos y retazos del *piso discursivo* del Uruguay-presente. La tercera parte moviliza una extensa base de datos cualitativos y etnográficos para ofrecer tres puntos de entrada a ese terreno: el primero, las narraciones de una serie de voces autorizadas —que llamaré *hacedores de opinión*— acerca del *presente* (capítulo 5); y el segundo, las narraciones de un conjunto amplio y diverso de uruguayos acerca de *la experiencia vivida* (capítulo 6).

El tercero consta de dos capítulos, y ofrece una lectura detenida del contexto urbano que difícilmente podía estar ausente de este libro. Por un lado, en décadas recientes las ciudades han funcionado como sitios estratégicos para el despliegue de las operaciones del discurso neoliberal a escala global. Por otro, téngase en cuenta que Uruguay se urbaniza tempranamente (en las primeras décadas del siglo xx); para 1970, 82 % de la población era urbana —el porcentaje más alto en América Latina, adviértase, con Argentina y Chile (78,4 y 73,0 %, respectivamente), en segundo y tercer lugar (Cerrutti y Bertoncello, 2003)—; y, al cierre de la primera década del siglo xxi la ciudad capital Montevideo y su área metropolitana concentraban aproximadamente el 57 % de la población urbana del Uruguay, que se situaba en el 93 %. El tercer punto de entrada es, entonces, el resultado de mi propio recorrido etnográfico del Uruguay urbano (Montevideo, capítulo 7; y ciudades del interior, capítulo 8).

Hacia el final de la tercera parte se cuenta con un relato acerca de modos de *pensar*, *hacer* y *estar* implicados en las batallas (discursivas) por definir el lugar de la polis (como

*cosa del pasado*; como un *diseño con perturbaciones pero inequívocamente vigente* en la *democracia uruguaya*; como un *sistema de vida* a punto de *desaparecer*; como *algo que nunca fue*, etcétera). Ese relato se sustenta en una serie de indicaciones fuertes acerca de por qué y cómo la disonancia-discursiva, la relocalización del *significado* de la estructura de clases, y el remapeo de la forma-ciudadano desde la restauración del orden poliárquico (1985) hasta el presente comportan momentos concurrentes que condensan, juntos, el efecto acumulativo de una *guerra de desgaste* que favorece a una doble ofensiva: las secuelas del autoritarismo y el discurso neoliberal. El capítulo final de la tercera parte está en condiciones de funcionar, por consiguiente, como punto de llegada de las tres primeras partes de libro. Su tarea consiste en someter las propuestas iniciales a confrontación con los *elementos de la experiencia* recogidos hasta el momento —ejercicio que permite aventurar la narración detallada de una *guerra de dos mundos* (capítulo 9).

La conclusión de la tercera parte abre el camino para avanzar un paso más. Ese paso consiste en adentrar el relato en las gramáticas de la resistencia y su matriz, el capital de la polis. Esas gramáticas habitan luchas manifiestas centradas en objetivos específicos. Quienes despliegan esas luchas —notables hacedores de lo público— difícilmente advierten, sin embargo, que estas se sustentan en *el capital de la polis*. Mostrar esas gramáticas requiere, primero, tematizar su matriz. Así, la cuarta parte comienza ofreciendo una lectura detenida del capital de la polis, que discurre acerca de distintas formas de capital como preámbulo para aventurar una economía política de ese capital (capítulo 10).

La tarea de los capítulos siguientes es mostrar esa forma de capital *en acción* (capítulos 11-13). Los casos seleccionados incluyen la épica de un sindicato de trabajadores en su lucha por salvar una fábrica de neumáticos de larga data (me refiero a la Fábrica Uruguaya de Neumáticos, FUNSA) de los designios del capital transnacional, reabrir la fábrica bajo el control de los trabajadores y relanzar su producción; la sorprendente *teoría de ciudadanía* puesta en acción por una federación de cooperativas de vivienda por ayuda mutua y propiedad colectiva (Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua, FUCVAM); y la lucha librada por pequeños comerciantes (tiendas de barrio, restaurantes y cafés) a través de la movilización de un gremio centenario (Centro de Almaceneros, Baristas y Afines del Uruguay, Cambadu) para resistir la penetración de firmas transnacionales en su ramo (capítulo 11).

El cuarto caso seleccionado ocupa los dos capítulos finales de la cuarta parte, y se centra en el itinerario del campo teatral uruguayo (capítulos 12, 13). La notable imbricación entre la trayectoria de ese campo y el itinerario de la polis subraya la articulación entre la *comprensión y práctica de la palabra* (la lectura, las artes y el ocio inteligente) como *patrimonio colectivo*, por un lado; y, por otro, la hechura, estabilización y defensa de *bienes* cuyo uso y circulación les confiere el estatuto de públicos una vez que el espacio discursivo de la polis logra hegemonía. La preocupación que vertebrata los dos capítulos dedicados al campo teatral uruguayo es lo que pasa *después* de ese momento, y los problemáticos contornos de ese *después*.

En la quinta y última parte del libro (capítulo 14) se movilizan los resultados de la investigación para tematizar el presente inmediato del Uruguay desde una serie de preocupaciones acerca de las condiciones de posibilidad para transitar del momento de *resistencia* al de *recuperación*, tendiendo algunos trazos comparativos con el contexto latinoamericano actual.

Conviene anticipar algunas conclusiones. El intento por entender el Uruguay-presente desde el lugar de lo público, movilizándolo, para ello, tres nociones —discurso, hegemonía y capital cultural— revela el formidable legado de la polis hegemónica del pasado en la forma de *memorias de ciudadanía* (*el alcance del capital de la polis*). También sugiere la magnitud de los obstáculos a la perdurabilidad de un espacio discursivo severamente erosionado y apuntalado casi exclusivamente, a estas alturas, en operaciones de memoria (*los límites del capital de la polis*). Ese momento-frontera dramatiza, tal vez, el dilema crucial del Uruguay-presente. Y ese dilema, mirado desde las dramáticas consecuencias de su prolongado soslayamiento, parecería no admitir a estas alturas la posposición de una opción, que no es otra que la de escoger entre asumir *el nuevo Uruguay* como *inevitable* —y continuar administrando sus efectos, tornando así efectivamente inevitable el despliegue de su lógica constitutiva—; o reconocer como impostergable —de frente— la trabajosa tarea de recuperar, en condiciones adversas, el eje plural-igualitario de su historicidad. Claro que, a la luz de la historia que se cuenta en este libro, ese reconocimiento demanda una convocatoria *explícitamente política* de las memorias de ciudadanía habilitantes como base para asumir un proyecto radicalmente transformador —léase *reparador*— de la condición presente; para innovar, sí, mas a partir de *ese* eje. ¿Permitirá el disminuido capital disponible asumir un proyecto de ese tipo? ¿Desde qué frentes? En los párrafos finales intentaré lidiar, aun cuando de manera por demás tentativa, con esas dos preguntas.

#### 4. ALCANCES Y LIMITACIONES

Entre las muchas limitaciones que los lectores podrán encontrar en este trabajo, hay algunas de las que estoy plenamente consciente. Corresponde, entonces, advertirlas desde el inicio. También conviene dejar planteadas un par de consideraciones acerca de lo que me propongo hacer, y lo que mi programa de investigación deja de lado.

Ya en los primeros párrafos de esta Introducción quedó claro el compromiso de ese programa con la cuestión de la durabilidad. Interesarse por *aquello que permanece*, en todo caso, no significa, necesariamente, romantizar *lo que fue*. En esta investigación, ese sesgo temático explícito pone a buen recaudo, espero, la tentación de idealizar el pasado. También conviene señalar que procuro poner a buen recaudo, en términos metodológicos, el peligro de incurrir en la romantización o *condena* de categorías analíticas (v. g., *trabajadores, empresarios, políticos, políticas, espacios, lugares* o lógicas sistémicas abstractas). Por una parte, concibo la tarea por delante como un intento por entender

diferentes narrativas de ciudadanía en términos de la forma de capital que las sostiene. Por otra, busco entender una serie de lógicas discursivas que se contraponen al flujo de una forma singular de capital —ese que llamo *el capital de la polis*—. Mi modo de situar los interjuegos implicados en tales operaciones se basa, entre otras cosas, en algunas convicciones muy básicas que informan mi preferencia por arreglos societales anclados en el reconocimiento de espacios públicos fuertes como pivote para resolver la coexistencia auténticamente democrática de una diversidad de búsquedas colectivas —aun cuando se trate de búsquedas típicamente contradictorias y conflictivas.

En el marco de este tipo de interés temático, la significación que atribuyo a la durabilidad —que más adelante llamaré *continuidad transformadora*— no está vinculada, en mi esfera consciente al menos, a un sesgo fatalmente arbitrario hacia la recuperación nostálgica de cosas pasadas. Después de todo, me pregunto: ¿por qué al pensar la organización digna de conglomerados humanos complejos hemos de colocar la idea de la polis como cuestión del pasado? Por lo demás, y teniendo muy presente la experiencia uruguaya, encuentro poco convincente que para discurrir acerca del *futuro* debamos abordar la pluralidad y el igualitarismo como cuestión perpetuamente *pendiente* —*por hacerse, no lograda* aún— dejando de lado su tematización en términos de *restauración*, o *reparación* de tramos significativos (previamente saldados) de ese camino (siempre inconcluso). Es decir, no estoy persuadida de que las titularidades conquistadas por la gente en el pasado deban ser decretadas como *interferencias* para *pensar el futuro* y tácita, si no explícitamente, consideradas poco dignas de teorización.

Es desde este tipo de inquietud que sitúo esa seductora construcción del individualismo posesivo (me refiero, desde luego, al discurso neoliberal), que en décadas recientes ha conseguido maridar, con inédita eficacia, la idea del *cambio* con versiones del *progreso* que habilitan una serie de distorsiones temerarias a la clásica ecuación de la idea del progreso —*superar* el pasado interviniendo el presente desde un impulso transformador—. Buena idea, por cierto, a menos que olvidemos que el pasado que esa lógica específica interpela no es cualquier pasado. Las zonas impugnadas son aquellas marcadas por búsquedas concretas, de larga data, por confrontar la lógica excluyente de la globalización de los mercados, de las sociedades, de las culturas y del imaginario de *la vida juntos*. Ese pasado tiene, por cierto, el sello de luchas colectivas y logros tangibles; y tiene, por lo demás, el nombre del Estado entendido como dominio significativo de un colectivo ciudadano. En base a esta inquietud, por el momento escuetamente planteada, es que este estudio se interesa por escudriñar las operaciones de la lógica neoliberal en sus diferentes ropajes.

Doy por descontado que mi programa ha de estar plagado de contradicciones. Así, y a manera de ejemplo, a pesar de mi afinidad con la teoría crítica y el posestructuralismo, no sé hasta qué punto este estudio ofrezca una lectura tan radical como a la que aspiro. Esto, tal vez a pesar de (¿o debido a?) mi adhesión a la pluralidad y el igualitarismo como doble-eje de *un mundo en común*. Por lo demás, sospecho que *el efecto* del encuentro entre el espacio discursivo de la polis y el itinerario del Uruguay, en su mejor momento, no se

presta fácilmente a clasificaciones convencionales (*experimento socialista... democracia social... cristalización de un proyecto de modernización*). Y no estoy en condiciones de resolver ese tipo de puzle, si bien procuraré, en alguna medida, lidiar con él.

Conviene señalar una limitación adicional. Me refiero a la ausencia de dos cuestiones —género y etnicidad— en mi lectura del itinerario de lo público en el Uruguay. Estoy al tanto de la crítica feminista a la polis clásica y experimentos posteriores (capítulo 1). Y puedo tener empatía con esa crítica —empatía que no confino, por lo demás, al feminismo sino que abarca también otros movimientos del *life politics*, aun cuando aquí haga referencia explícita únicamente a ese movimiento y su crítica. En todo caso, estaría en falta si permitiera que esa empatía me lleve a *negar* o subestimar la presencia de mujeres de toda edad y condición en el itinerario de la polis. La historia que me propongo contar está poblada de mujeres, a pesar de su subrepresentación en las élites políticas oficiales —pasadas y presentes— y su sobrerrepresentación como trabajadoras de doble y triple jornada carentes de reconocimiento. ¿Sobreponiéndose a los rigores excesivos de sus jornadas y subpagadas? Muy probablemente. ¿Abatidas y frustradas en el frente doméstico y anhelando llevar la especificidad de su predicamento a la esfera pública? También. Ni lo uno ni lo otro ha impedido que la historicidad uruguaya esté poblada de formidables hacedoras de lo público —intelectuales, profesionales, estudiantes, trabajadoras manuales, militantes políticas y mujeres de barrio sin escolaridad formal.

Valga mencionar escuetamente que también celebro el movimiento étnico —de muy reciente data en el Uruguay, por cierto—. Si bien haré algunas referencias atinentes a ambas cuestiones en un par de capítulos (3, 4), la tarea de interrogar el *locus* de la etnicidad y el género en el espacio discursivo de la polis no está dentro del alcance de este libro. Los rigores propios de un programa de investigación llevado a cabo mediante la incursión en un terreno teórico escasamente mapeado para luego ir levantando en el camino, poco a poco, una serie de datos de la experiencia casi inexplorados; y el ánimo de por sí ambicioso de esa tarea podrá tal vez motivar a otros a criticar las limitaciones de este estudio a través de su propio trabajo, con el mismo ánimo que me ha llevado a intentar delinear los contornos de una problemática que considero merece atención.

¿Habrà cabida para la polis en la nueva era global? Aventurar una respuesta rebasa ampliamente el alcance de este libro. *Memorias de ciudadanía* mostrará, en todo caso, un entorno concreto donde el espacio discursivo de la polis (en tanto legado de un formidable momento de acumulación a tiempos marcadamente adversos) amerita, al menos todavía, el reconocimiento de que, tras décadas de embate, aún se encuentra *ahí*. De ese reconocimiento se desprenden, a su vez, una serie de implicaciones potencialmente interesantes para lidiar con la pregunta.

## REFERENCIAS

- ALEXANDER, Jeffrey C. (1995). «Modern, Anti, Post and Neo», en *The New Left Review*, n.º 210, marzo/abril, pp. 63-101.
- ARENDRT, Hannah (2004) [1958]. *La condición humana*. Introducción de Manuel Cruz. Buenos Aires: Paidós.
- CERRUTTI, Marcela, Rodolfo BERTONCELLO (2003). «Urbanization and Internal Migration Patterns in Latin America» (ponencia), *Conference on African Migration in Comparative Perspective*, Johannesburgo, Sudáfrica, 4-7 junio.
- COX, Robert W., Timothy J. SINCLAIR (1996). *Approaches to World Order*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- DAHL, Robert (1956). *A Preface to a Democratic Theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- ESCOBAR, Arturo (1995). *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, N.J.: Princeton University Press. (En español, *La invención del Tercer Mundo...* Bogotá: Norma, 1998).
- GABARDI, Wayne (2001). *Negotiating Postmodernism*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- LACLAU, Ernesto, Chantal MOUFFE (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso. (En español, *Hegemonía y estrategia socialista...*, Madrid: Siglo XXI, 1987).
- LEFORT, Claude (1988). *Democracy and Political Theory*. Traducción de David Macey. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo (2007). *Repensar la polis. Del clientelismo al espacio público*. Compilación y estudio introductorio de Paulo Ravecca. Montevideo: CLAEH.
- (2001). «The Transformation of Political Culture», en Manuel Antonio GARRETÓN M., Edwin NEWMAN (eds.). *Democracy in Latin America. (Re)Constructing Political Society*. Tokio: United Nations University Press, pp. 249-277.
- MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo, Fernando BUSTAMANTE (1995). «Purposes and Methods of Intra-Regional Comparison», en Peter H. SMITH (ed.), *Latin America in Comparative Perspective. New Approaches to Methods and Analysis*. Boulder, CO: Westview Press, pp. 59-80.
- The Economist* (2007). «The Next Chile», 3 de febrero.
- WOLIN, Sheldon (1996). «Fugitive Democracy», en Seyla Benhabid (ed.). *Democracy and Difference*. Princeton, NJ: Princeton University Press, pp. 31-44.